

La mancha

Bizzio, Sergio

La pirámide -1a ed. - Buenos Aires : Blatt & Ríos, 2019.
64 p. ; 18x13 cm.

ISBN 978-987-4941-23-7

1. Narrativa Argentina Contemporánea. 2. Cuentos. I. Título.
CDD A863

© 2019, Sergio Bizzio

© 2019, por esta edición: Blatt & Ríos

1ª edición: marzo de 2019

Diseño de tapa: Inaki Jankowski | www.jij.com.ar

blatt-rios.com.ar

ISBN: 978-987-4941-23-7

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin permiso previo del editor y/o autor.

Como casi todo el mundo, Derlis veía una serie de manchas muy pequeñas, grises y translúcidas, comúnmente llamadas “moscas volantes”, que según le habían dicho eran pedacitos de sustancia gelatinosa pegados al globo ocular; las veía porque estaban *en* los ojos, precisamente, y las veía desde hacía décadas. Esa mañana cuando despertó había una mancha nueva.

A las otras nunca las había podido observar con detenimiento (eran de lo más huidizas), pero las conocía, por lo menos a las mejor definidas, que eran las más antiguas, y estaba totalmente habituado a ellas. Esta le molestó enseguida. Era compacta, sólida, negra, de bordes regulares. Se movía como las otras, describiendo las mismas curvas, pero a veces hacía una pirueta independiente, como fuera de programa, lo que le llamó la atención.

La veía únicamente en el ojo derecho, muy de reojo. Estaba ubicada al límite del campo visual, y avanzaba flotando hasta la pupila, de donde se retiraba a toda velocidad cuando intentaba hacer foco en ella. La mancha lo acompañó durante toda la mañana. Al mediodía, de pronto, desapareció.

Un rato después del almuerzo volvió a verla. Esta vez tuvo la impresión de que no estaba en el ojo sino afuera. Puso una mano abierta entre el ojo y ella, y la mancha quedó del otro lado, oculta. No se había equivocado. ¿Qué era eso?

Trató de agarrarla. No hubo caso, la mancha se escaullía a la velocidad del rayo. Dio tantos manotazos al aire que quedó exhausto y completamente transpirado y fue a darse una ducha. Por alguna razón, la mancha se mantuvo apartada —quizá por la razón más obvia: evita el agua—, a un metro de distancia o más; en relación con su tamaño, debía ser una distancia considerable.

Ni bien cerró la canilla, la mancha volvió a acercarse. Entonces la vio en el espejo. Flotaba a centímetros de su sien derecha.

Derlis dio vuelta la cabeza a un lado y otro y la mancha acompañó el movimiento sin retrasarse ni adelan-

tarse un solo milímetro, como unida a su sien por un cable de acero invisible. Hizo un nuevo intento por agarrarla, luego otro, y otro, y de golpe giró la cara hacia la izquierda. Fue un giro sorpresivo y violento. La mancha, siempre fija en su posición, chocó sin ruido contra el espejo y cayó en línea recta sobre el mármol del lavamanos.

Derlis fue en busca de una lupa y la apuntó sobre la mancha.

Lo que vio lo dejó helado. Era un platito volador.

Necesitó mirarla varias veces para convencerse de que, en efecto, no era una mancha sino una nave. Y aun así no lo podía creer. No tuvo más remedio que aceptarlo cuando en la base de la nave se abrió una puerta y salió una luz redonda, muy brillante, y enseguida otra, y una más.

Las tres lucecitas, tan pequeñas que podían ocupar la cabeza de un alfiler, dieron una vuelta en fila india alrededor de la nave. Parecían estar examinándola. Al cabo de una breve inspección debieron levantar la vista hacia la lupa, porque se apretaron de pronto unas contra otras temblando asustadas: el ojo que habían seguido durante horas era diez o veinte veces más grande.

Dejó caer la lupa sobre ellas y las atrapó.

Entre el marco metálico de la lupa y la comba de la lupa propiamente dicha quedaba una suerte de pasillo circular por el que las lucecitas se pusieron a girar a toda velocidad. No iban las tres en el mismo sentido, así que a veces chocaban al encontrarse. Finalmente, agotadas, se quedaron quietas y empalidecieron, a tal punto que Derlis pensó que iban a apagarse de un momento a otro.

Las liberó. ¡Qué frágiles eran! Guardó la lupa ostensiblemente, sosteniéndola del mango con dos dedos y dejándola caer en un bolsillo, para darles a entender que eso no volvería a pasar, que podían quedarse tranquilas, y sopló hacia ellas con intención de reanimarlas. Algo le decía que afuera no la estaban pasando bien. Con la uña del meñique las empujó muy cuidadosamente en dirección a la nave. Las lucecitas rodaron pálidas, lentas, se diría incluso que desparradas.

Derlis pensó que el dedo, por su tamaño, debía resaltarles aterrador, así que agarró un fósforo y, usándolo como si fuera un palo, las empujó hacia la puerta de la nave. Pero al contacto con la cabeza combustible del fósforo las lucecitas soltaron unas chispas enormes, insólitas en seres tan pequeños.

Entraron a la nave por sí mismas apenas las dejó tranquilas, y la puerta se cerró.

—¿Me escuchan? ¿Hola? ¿Me escuchan? —dijo acercando la boca a la nave.

La nave hizo un intento de levantar vuelo. Se alzó dos o tres centímetros sobre el mármol y volvió a caer. Lo intentó una vez más, con el mismo resultado. No obstante la escasísima altura que alcanzaba, el despegue era enérgico, lo que a Derlis le hizo pensar que no estaba averiada, no del todo por lo menos, y que la imposibilidad de levantar vuelo no se debía a un problema técnico sino a las tres lucecitas, que estaban quiéza todavía atontadas por el golpe contra el espejo y no acertaban con los comandos.

Salió del baño, y a su regreso, media hora después, la nave seguía allí.

“Puedo hacer dos cosas”, pensó Derlis. “Contar lo que encontré, o guardarlo en secreto. La desventaja de contar es que los que me escuchan no van a tener más remedio que creerme —la nave está efectivamente en mi poder—, por lo que podría armarse un revuelo infernal del que me resultaría imposible sustraerme y que alteraría mi vida para siempre. Si no digo nada, en cambio,

la nave seguirá en mi poder y yo podría entablar quizá alguna clase de diálogo o de intercambio inteligente con sus tripulantes y, quién te dice, recibir en exclusiva conocimientos maravillosos".

El problema, al menos por el momento, era que sus tripulantes no daban ninguna señal de recuperación. La nave saltaba sobre el mármol como una pulga, sin conseguir una altura respetable en la que sostenerse y mucho menos todavía dispararse hacia adelante. Teniendo en cuenta las maniobras inverosímiles que había hecho horas atrás sobre su ojo, juzgó que la situación era grave, muy grave.

Por precaución, ya que los intentos de levantar vuelo terminaban en aterrizajes de lo más bruscos, deslizó una toalla sobre el mármol a fin de amortiguar los golpes. Pero lo único que consiguió, eliminando el efecto rebote, fue dificultar los despegues. En determinado momento, incluso, la nave se enredó en un hilo de la toalla, donde quedó atrapada. Su debilidad era extrema. A Derlis se le ocurrió que lo mejor que podía hacer para ayudarla a recuperar la energía era ponerla al sol.

La desprendió de la toalla, la depositó en una cuchara de té y salió al jardín.

Lamentó que en ese momento el vecino de la casa de la izquierda estuviera podando la ligustrina. Le caía mal. Primero porque le decía "amigo" cada vez que lo veía y segundo porque no paraba de hablar. Además ahora quería estar a solas con la nave, atento a los efectos del sol. Pero ahí estaba el vecino, y no había nada que pudiera hacer para evitarlo.

Era un barrio obrero, idéntico a sí mismo por donde uno mirase; todas las casas eran iguales, una al lado de la otra, con un pequeño jardín al frente, separadas por una ligustrina de un metro de altura. Derlis salió sosteniendo la cuchara boca arriba, con el mango entre dos dedos y el brazo apenas extendido.

Debían ser las dos de la tarde, el sol estaba a pleno.

—¿Qué dice, amigo?

Derlis no respondió, ni siquiera lo miró; no podía arriesgarse a tropezar o a perder el equilibrio. Fue paso a paso hasta el sillón de madera en el que a veces, cuando no había moros en la costa, solía dormir una siesta, y colocó la cuchara en el apoyabrazos.

—Nada, acá —le dijo, ya sentado.

—Lindo día.

—Hermoso.

Era domingo y de la larga hilera de casas llegaba una mezcla de voces de niños, de locutores de radio, de músicas, de podadoras de césped. Aun así notó que el ritmo de las tijeras del vecino se había ralentado al verlo; seguramente lo intrigaba su actitud con la cuchara.

La acomodó sobre el apoyabrazos para que el sol diera directo sobre la nave y cerró los ojos para evitar la charla.

Volvió a abrirlos cuando sintió en la cara la sombra de una nube.

—¿En qué anda, amigo?

—Nada, acá, descansando un poco.

—¿No va de pesca hoy?

Derlis tenía un mediomundo colgado de un clavo en la pared. Hacía dos o tres semanas que estaba ahí, pero nunca lo había usado. Ni siquiera era suyo. Alguien debía habérselo olvidado en la vereda y algún otro lo había encontrado y arrojado hacia el jardín creyendo que era de él. Derlis lo había colgado de un viejo clavo solitario, bien a la vista, a fin de que pudiera reconocerlo el que lo había perdido, y devolvérselo.

—¿Cómo?

—Que si va de pesca.

—No, no pesco yo.

Consciente de que estaba siendo demasiado antipático y hasta grosero con el vecino, le dijo algo, cualquier cosa, y al volver de nuevo la cara hacia adelante vio que la nave flotaba apenas por encima de la cuchara. Estaba quieta en un punto. Podía tratarse de una prueba, una verificación de la capacidad de vuelo, tanto como de una pausa previa a salir disparada.

Esta segunda posibilidad lo puso ansioso. Se levantó de un salto, se inclinó sobre la nave, se apartó, dio una vuelta al sillón, primero en un sentido y después en el otro, y se volvió a inclinar. En ese preciso instante la nave se posó de nuevo.

Derlis volvió a sentarse.

El vecino, que había dejado de podar, retomó débilmente la tarea, ahora con el ceño fruncido por la intriga.

—¿Todo bien, amigo?

—Perfecto.

El vecino se apartó sin dejar de mirarlo, caminando marcha atrás, y fue hasta la ligustrina opuesta, es decir a dos casas de distancia de la casa de Derlis. Allí, sentada a una mesa desplegable, estaba la señora Arco Iris (se llamaba Iris Arco, pero todos la conocían como Arco

Iris) envuelta en el humo de una parrilla sobre ruedas en la que el señor Arco cocinaba unas carnes.

Derlis no escuchó nada de lo que se decían, pero entendió que hablaban de él. La prueba de eso la tuvo un minuto después, cuando la señora Arco Iris salió a la vereda y fingió que paseaba al perro frente a su casa, observándolo de reojo. No le importó. Toda su atención estaba puesta en la cuchara. La nave, ahora en reposo, recargaba un poco más las baterías, por decirlo así. Que hubiera podido sostenerse en el aire más tiempo que nunca desde el choque contra el espejo era una señal alentadora.

“Qué curioso”, se dijo, “lo único que quiero es que les salga bien”. Y en efecto, tenía entre manos algo extraordinario y lo único que quería era que volvieran a casa. A lo mejor vivían en un planetita del tamaño de... no, mejor ni pensarlo. La idea de una civilización avanzadísima en un planeta tan pequeño que cualquiera podría cargar en brazos le dio vértigo y se estremeció, y al estremecerse tiró la cuchara al pasto.

Gritó insultándose, corrió en busca de la lupa, se puso en cuatro patas y la apuntó al sector donde había caído la cuchara. La nave no debía andar lejos.

El vecino estiró el cuello por encima de la ligustrina; era la primera vez en su vida que veía a alguien mirar el jardín con lupa. Derlis separaba el pasto con los dedos y ponía la lupa a ras del suelo. Era una jungla. Afortunadamente una de las lucecitas salió de la nave y se puso a saltar por encima del pasto indicándole su posición.

A Derlis, no obstante, le llevó un tiempo ubicarla, aunque no tanto como había temido. La nave estaba incrustada en un nudo entre dos ramas, si es que puede describirse de esa manera el tronco de un pasto seco y retorcido. Sobre el techo flotaba la lucecita, seguramente dándole indicaciones a las que seguían adentro, a juzgar por las aceleraciones y desaceleraciones con que intentaban liberar la nave.

Agarró el tronco entre el índice y el pulgar, lo arrancó y, cuando la lucecita entró a la nave y cerró la puerta, lo puso al revés. Un leve golpecito, como el de un dedo sobre un cigarrillo, y la nave se desprendió y cayó en la cuchara.

Colocó de nuevo la cuchara al sol, ahora más cuidadoso que nunca, apretando al cuerpo el codo con el que la había volteado, y volvió a sentarse.

El vecino seguía inmóvil, estupefacto, con medio cuerpo inclinado sobre la ligustrina; Arco Iris, todavía en la vereda, sostenía al perro en brazos, la correa colgando; un poco más allá su esposo se pasaba el dorso de los dedos por el mentón como diciendo que no sabía, en respuesta al vecino de la derecha, que acababa de salir y le preguntaba por señas qué pasaba.

Derlis era consciente de que estaba dando un espectáculo de lo más extravagante, pero abandonar la recarga de la nave era algo que ni se le cruzaba por la cabeza. Todo indicaba que no estaba lista todavía. ¡Si ni siquiera había conseguido liberarse por sí misma de la coyuntura de un simple pastito muerto! Tenía que esperar.

Cerró los ojos y, cada vez más relajado a medida que el estrés lo abandonaba, se durmió. Tuvo un sueño breve, brevísimo, en el que un comando armado rodeaba la casa y volteaba la puerta; Derlis estaba adentro, en la penumbra, cómodamente sentado en un sillón, con un cigarrillo entre los labios y un fósforo en la mano. “Se equivocaron, muchachos”, les dijo con toda tranquilidad, y prendió el cigarrillo, “acá no es”.

Despertó sobresaltado. Un auto acababa de detenerse frente a la casa.

Era el auto del marido de su ex esposa. La puerta trasera ya estaba abierta y uno tras otro bajaban sus hijos, que venían a pasar el día con él: Santiago, Lucrecia, Agustín y Francisco, de ocho, siete, seis, y cinco años, respectivamente. Derlis sabía que se le iban a echar encima.

—¡No corran, no corran! —les pidió alargando un brazo, y se levantó para atajarlos mientras el marido de su ex esposa le daba unos golpecitos a la bocina antes de arrancar.

Derlis se inclinó y los abrazó a todos juntos. Traían puestas las mochilas del colegio, adonde debía llevarlos al día siguiente, así que tuvo que estirar mucho los brazos para contenerlos. Entonces recordó que tenía la heladera vacía.

Los arreó de vuelta hacia afuera. A una cuadra de allí había un mercado. No habían terminado de salir cuando pensó que alguno de sus vecinos, si no todos, aprovecharía su ausencia para meterse en el jardín y ver qué había en la cuchara. Y como a simple vista no verían nada, lo más probable era que la alzarán y la dieran vuelta tratando de descubrir algo que explicara su comportamiento. Volvió sobre sus pasos. Agarró la

cuchara, entró a la casa, la dejó sobre la mesa del comedor y salió de nuevo.

Los chicos recién llegaban y, con tantas idas y venidas, ya estaban cansados y empezaban a protestar. Derlis los calmó prometiéndoles que a la vuelta del mercado les iba a mostrar algo increíble. Estaba decidido a hacerlo, pero durante el trayecto de regreso cambió de opinión. ¿Quién sabía qué consecuencias podía tener en chicos tan pequeños un contacto con extraterrestres? Por no hablar del hecho de que empezarían a contarlos por todas partes, y que lo que dirían era cierto.

Los chicos se sintieron estafados, pero Derlis no dio el brazo a torcer. Tampoco se le ocurrió nada con qué compensarlos. Aunque para él no había nada en el mundo más importante que ellos, tenía que resolver primero la situación del platito. De lo contrario sus tripulantes podían morir.

Hasta el momento había salido todo mal; la curiosidad de los vecinos, su torpeza al voltear la cuchara y la llegada de sus hijos —uno lloraba, dos corrían alrededor de la mesa, otro se había sumergido en un juego de guerra— eran cosas que no contribuían en nada a la recuperación de los tripulantes. De tanto en tanto, sin

embargo, la nave describía un círculo sobre el metal, un círculo agónico, sin despegar ni un milímetro del suelo, lo que indicaba que, por lo menos, seguían vivos. ¿Cómo ayudarlos? Tenía que hacer algo con urgencia.

Trasladó la cuchara al dormitorio y la guardó en el cajón de la mesa de luz. Si el sol no había dado ningún resultado, era razonable probar con un poco de oscuridad.

Los chicos, en tanto, convertían la casa en un pandemium. Derlis recogió las hojas arrancadas de un libro, le cambió la remera a uno y limpió su vómito y le quitó un tenedor de la mano a otro. De tanto en tanto iba al dormitorio y abría el cajón de la mesa de luz para asegurarse de que el platito estuviera bien. En una de esas ocasiones se le paró el corazón: la nave no estaba en la cuchara.

Con ayuda de la lupa, la descubrió a un costado, en el suelo del cajón. Se desplazaba espasmódicamente allá y aquí, con pequeños avances y largas detenciones. ¿Qué hacer?

Fue al living para separar a los más pequeños, que se tiraban de los pelos, y preparó una merienda rápida para calmarlos. Después volvió al dormitorio. La puerta de la nave estaba abierta y una de las lucecitas salía

tropezando. Su brillo, no obstante, era de una intensidad respetable.

—¿Qué necesitan? —les preguntó Derlis en un susurro—. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

La lucecita se puso a saltar enérgicamente sobre un punto, como diciéndole algo. Enseguida salió otra, que también se puso a saltar. Derlis interpretó que les molestaba su presencia y que le pedían que se fuera y las dejara solas. Obedeció.

Ya de noche cenó con sus hijos, acostó al más grande y un rato después a los más chicos y tuvo éxito en su negativa de leerles un cuento con la excusa de que había perdido los anteojos; Derlis no usaba anteojos, algo sobre lo que sus hijos no parecían estar al tanto. Por último se despachó en un sillón.

Había sido un día de lo más agitado. El cansancio, sumado a lo extraordinario de la nave en el cajón de la mesa de luz, hacía que los hechos se le aparecieran alternativamente como imposibles y verdaderos. Imposibles cuando cerraba los ojos, verdaderos cuando los abría. Así pasó la noche.

Al amanecer la mesa de luz salió del dormitorio volando. Derlis la siguió con la vista, tal como hacía

cuando creía que era una mancha. La mesa se detuvo a un metro por encima de su cabeza y descendió suavemente hasta que quedó justo frente a él. Entendió que le pedían que abriera el cajón, y estiró una mano. Pero la mesa salió disparada hacia atrás y se estrelló contra la pared. Enseguida se elevó y golpeó contra el techo.

Iba de un lado para el otro enloquecida, como un globo que se desinfla. Derlis se levantó de un salto y abrió la puerta de la casa. La mesa, ciega, siguió chocando acá y allá sin embocar la salida.

Corrió tras ella con intención de abrir el cajón, lo que le resultó imposible: era demasiado veloz, y al mismo tiempo tenía que cuidarse de esquivarla y no terminar herido. En un vuelo rasante la mesa le cortó la frente con el borde de una pata. A Derlis se le ocurrió que podía echar mano del mediomundo.

Salió y volvió tan rápido con el mediomundo entre las manos que recién otra vez adentro se dio cuenta de que por una milésima de segundo había hecho contacto visual con el vecino, ahora de saco y corbata y con un maletín color uva; eran las siete de la mañana del lunes y se iba a trabajar. Con esa imagen en mente, clavó una rodilla al suelo sosteniendo el mediomundo

en alto. La mesa lo golpeó en un hombro. Cayó de espaldas.

La atrapó en el segundo intento, aunque no pudo sujetarla. Con el mediomundo enredado en las patas delanteras, la mesa salió disparada por la puerta, que embocó de pura casualidad, y se perdió de vista en el cielo.

Despertó a los chicos. Temblando todavía, les hizo el desayuno y los llevó a la escuela. Desde allí fue a la oficina. Ni bien entró, todo el mundo levantó la vista hacia él. Llegaba tarde, sí, pero enseguida se dio cuenta de que no era por eso que lo miraban; estaba hecho un desastre, con la ropa teñida de pasto en los codos y las rodillas y un resto de sangre seca en la frente, donde lo había golpeado la mesa de luz. Fue derecho a su escritorio —en la oficina había treinta personas sentadas a escritorios, uno pegado al otro— y prendió la computadora.

Estaba a punto de levantarse para ir en busca de un vaso de café cuando se le acercó el coordinador, un hombre joven y severo. El coordinador hizo un gesto de desaprobación, carraspeó y le asignó una veintena de usuarios y una consigna de carácter negativo en relación

con un proyecto enviado al Congreso el día anterior y se fue por donde había venido. Derlis se puso manos a la obra.

Nunca un trabajo le había gustado menos —nada de lo que escribía lo representaba, cada palabra lo hacía sentirse frustrado y ansioso—, pero se consolaba diciéndose que era algo momentáneo. Desde que su mujer lo había dejado por amor (por amor a otro) su economía era una catástrofe, y no tenía más remedio que hacer ese trabajo, un trabajo sucio, mientras esperaba que saliera otra cosa.

El lugar era asfixiante; por más aire acondicionado que hubiera, decenas de fragancias corporales y artificiales se paseaban allá y aquí chocando entre ellas y produciendo mezclas insólitas apenas tolerables, por lo menos para él. Los demás no parecían darse cuenta. O disimulaban muy bien su desagrado, o estaban realmente absortos en sus tareas. La mujer a su izquierda, sin ir más lejos, estaba envuelta en una nube agria, el hombre a su derecha olía a quemado, el joven de enfrente a leña y a resina. El repiqueteo simultáneo de los teclados resultaba ensordecedor si uno se detenía a considerar lo que transmitían: noticias falsas, basura.

Levantó la vista y se quedó un rato mirando a dos empleados con los que solía compartir el almuerzo. No tenía nada en común con ellos, ninguna afinidad, ni siquiera recordaba sus nombres, pero habían coincidido una vez en la misma mesa del comedor y desde entonces se sentaban juntos por inercia. Lo único que sabía de ellos es que eran ecuanímenes. Quizá uno y otro habían contado alguna cosa concreta sobre sus vidas pasadas o presentes mientras masticaban sus sándwiches, siempre con medias frases, con encogimientos mecánicos de hombros, con la mirada perdida, pero lo único que sabía de ellos era lo ecuanímenes que eran. Nunca había visto a gente tan ecuanímenes. Un gesto con la boca, sin embargo, un cabeceo, una palabra solitaria, daban cuenta de lo que pensaban realmente sobre lo que alguien decía en el televisor que colgaba de la pared o a partir de un comentario sobre la consigna del día, en la que todos los empleados de la oficina intervenían por igual, y ellos no sin cierto pesar o retorcimiento, a causa de su ecuanimidad, precisamente; en un mismo asunto encontraban siempre algo bueno y algo malo, viniera del bando que viniera. Siempre había algo rescatable y algo repudiable, como si nada fuera completamente

perfecto o imperfecto, tal como sucede en la vida real, que está repleta, rebosante, de cosas perfectas y cosas imperfectas. Lo más probable era que fueran los únicos ecuanímenes de la oficina; charlitas fanáticas furiosas captadas al vuelo allá y aquí eran indicios de que eso era efectivamente así. Bajó la vista y apoyó la yema vacía de los dedos en el teclado.

En ese preciso momento el vidrio de una ventana estalló en mil pedazos.

Los treinta empleados se tiraron de cabeza al suelo. La mesa de luz se dirigió sin vacilaciones al lugar donde estaba sentado Derlis. Se ubicó a la altura de su sien derecha y allí se detuvo, en el aire, aunque dio la impresión de haber apoyado una pata en su hombro.

—¡Tranquilos, tranquilos! —susurró gritando el Coordinador—. ¡Es una mesa de luz!

Sus palabras cayeron en saco vacío. Nadie se tranquilizó, ni siquiera los ecuanímenes, para los que había algo positivo en cuanto a que no eran víctimas de un atentado y algo negativo en el hecho de que, en efecto, fuera una mesa de luz. Todo lo demás, inexplicable.

Y no solamente para ellos. ¿Quién podía haber arrojado así una mesa de luz, con semejante fuerza, tanta

como para que la mesa atravesara horizontalmente la ventana, e imprimiéndole un efecto capaz de hacerla frenar frente a uno de los suyos? Nadie. No había ninguna duda: estaban en presencia de un explosivo teledirigido absolutamente original. No había nada que decir. Todos boca abajo en el suelo, callados. Algunos empezaron a rezar.

El murmullo duró segundos (un total de cinco, durante los que se oyó la bocina de un auto en la calle, unos cuantos pisos más abajo, apurando al que tenía adelante), hasta que Derlis decidió moverse. Mientras todos contenían el aliento, extendió muy suavemente un brazo con tres dedos en forma de pinza y... la mesa de luz retrocedió esquivándolo.

—¡Quédense quietas! —gritó Derlis fuera de sí—. ¡Si quieren irse déjenme abrir el cajón!

Aquí se produjo (sin que lo supiera nadie, pero todos bajo su efecto) un sentimiento comunitario desesperado y tan fuerte alrededor del deseo de que Derlis abriera el cajón, que el hecho de que hablara con una mesa de luz, y encima de mal modo, no importaba nada. La mesa, para colmo, empezó a obedecerle. Ahora se le acercaba milímetro a milímetro, incluso con una breve

detención entre un milímetro y otro, como una vieja aguja de reloj.

El problema era que Derlis no sabía en qué cajón estaba la nave.

La mesa tenía dos cajones. Durante el combate de la mañana había intentado abrir a veces el primero y a veces el segundo, siempre al azar. Ahora que la nave daba muestras de comprender que la única forma de quitarse la mesa de encima era hablar con el dueño, por decirlo de alguna manera, y se ofrecía quieta sobre su hombro, Derlis temió errar con el cajón y espantarla de nuevo.

Tuvo suerte. Abrió el cajón correcto y la mesa cayó a sus pies.

La nave desapareció en el acto. La mesa dejó flotando la estela del vuelo previo a su caída: perfecto, suave y potente a la vez. No sólo aterrizó bien, sobre las cuatro patas; además un portarretratos que había estado siempre encima de ella sin caerse nunca volcó de frente. Fue el único defecto. Pero la razón humana no puede pronunciarse en esta clase de cuestiones.
